

## NECROLÓGICA

AGUSTÍN BUSTAMANTE GARCÍA (VALLADOLID, 1950-MADRID, 2017)

El pasado 17 de julio, tras una célere enfermedad, falleció uno de los historiadores más importantes de las últimas décadas; y un amigo para todos los que disfrutamos de su poliédrica y magnética personalidad. Hasta el mismo momento de su desaparición había ejercido como catedrático (2000) del Departamento de Historia y Teoría del Arte de la Universidad Autónoma de Madrid, tras pasar por ella como encargado de curso (1984-1986) y profesor titular (1986-2000); previamente había sido catedrático de Instituto (desde Carrión de los Condes a Illescas y Madrid-San Blas) entre 1977 y 1984.

Nacido en Valladolid, allí estudió hasta el traslado de su familia a Madrid y su ingreso en la universidad; “yo soy de la vieja escuela vallisoletana, y alardeo de ello”<sup>1</sup>, confesó en alguna ocasión. De hecho, antes de licenciarse en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid (1972), se había iniciado “en los avatares de la investigación” de la mano de su abuelo materno, el historiador riosecano Esteban García Chico (1892-1969)<sup>2</sup>, con quien publicó su póstumo volumen del *Catálogo monumental de Valladolid (Nava del Rey)* [1970] en 1972<sup>3</sup>; la pasión documental y el afán cognoscitivo jamás lo abandonarían.

Realizó la tesis doctoral (defendida en Madrid en 1981), bajo la dirección del catedrático de Valladolid Juan José Martín González, siendo asimismo becario de la Fundación Lázaro Galdiano (1974) y, sobre todo, becario FPI del Instituto Diego Velázquez del CSIC (1976-1978), de largo pelo negro, perilla o mosca y capa Seseña; acabada en 1981, recibió ese mismo año el Premio de Investigación de la Institución Cultural Simancas (1981) de la Diputación vallisoletana: *La arquitectura clasicista del foco vallisoletano (1561-1640)* (1983). Su paso por “el Consejo” –sus primeras publicaciones se alternaron entre el *BSAA* y *Archivo*

---

<sup>1</sup> Así se lo comunicó, en una reveladora entrevista, a Juan Hernández [Ferrero], en *Reales Sitios*, 134, 1997, pp. 60-69.

<sup>2</sup> Él mismo glosó la figura en A. Bustamante García, Esteban García Chico. Un hombre de letras del siglo XX”, en Ramón Pérez de Castro y Miguel García Marbán (eds.): *Cultura y arte en Tierra de Campos. I Jornadas de Medina de Rioseco en su historia*, Valladolid: Diputación, Valladolid, 2001, pp. 15-23.

<sup>3</sup> El 15 de julio de 1970, escribió en su memoria: “La Muerte se ha llevado al más incansable investigador que poseyó Castilla. Conocedor de todos los archivos, por sus manos pasaron miles de amarillos legajos, celadores de la historia de nuestro arte. Juntos recorrimos los pueblos de las tierras llanas, entramos en iglesias y conventos, desempolvamos los viejos manuscritos y oímos de su boca agudos comentarios, dichos con brevedad, a través de una sonrisa, al observar la adusta fábrica de cantería, el gran retablo o la elegante escultura... tras él deja la gran estela de su inmensa obra, de esas cientos de Papeletas para el Arte en Castilla, de sus libros...”. Se podría predicar también del nieto.

*Español de Arte*– dejó también en él una profunda huella, estableciendo fidelidades y complicidades, amistades y disensiones a la par. Sus aportaciones, siempre sobre un caudal de documentos de archivo, a temas vallisoletanos –Herrera, colegiata, plaza mayor– o madrileños –la Encarnación, doña María de Aragón– anunciaban ya las avenidas que vendrían más tarde.

De inmediato comenzó su colaboración con Fernando Marías en diversos trabajos sobre la teoría y la práctica de la arquitectura, siempre “dialéctica” como diría en 1997, con frutos como *Las ideas artísticas de El Greco* de 1981 o en la exposición *El Escorial en la Biblioteca Nacional* de 1985, prolongándose hasta finales de esa década.

Contemporáneamente abordó durante dos lustros el estudio analítico del monasterio del Escorial (1981-1991), con productos tan relevantes como *La Octava Maravilla del Mundo (Estudio histórico sobre El Escorial de Felipe II)*(1994), sus ensayos sobre el Panteón (1992) y los sepulcros y retablos (1993-1999), el gusto de Felipe II, El Greco en el monasterio o Juan de Herrera y sus trazas, temas que, como los propios del arte castellano, nunca abandonó a lo largo de los años, y cuya importancia fundacional es difícilmente mensurable.

En estrecha relación con la temática artística de la España Moderna, los últimos años los ha dedicado preferentemente al estudio de la iconografía histórica –en el sentido más lato del término–; una problemática en la que se embarcó con entusiasmo también a través de tres proyectos de investigación de la DGI: ‘La Historia en el arte español de la Edad Moderna’ (2001-2004), ‘Hombres ilustres y hechos memorables’ (2004-2007) y ‘Poder y prestigio. Los usos artísticos en España durante La Edad Moderna’ (2010-2012). Como impenitente y entusiasta investigador, su producción se ha dilatado a lo largo de casi medio siglo, dejando tras de sí una larguísima serie de publicaciones, clásicas desde su aparición e insoslayables en el futuro, pero asimismo –nos tememos– “una gran estela” si no de papeletas –que también– de ficheros en sus memorias externas de varios *teras*.

Enseñante de vocación –en el aula o en la “mesa camilla” de sus conversaciones de despacho– y brillante conferenciante, Bustamante enseñó también, al margen de su docencia en la UAM, cursos de doctorado en la Universidad de León y diferentes cursos y conferencias en las universidades de Gerona, Barcelona, Zaragoza, Cantabria y Burgos o en Lituania, así llegó a participar en multitud de congresos internacionales (Francia, Portugal, Italia) y nacionales, entre los que sobresaldrían sus aportaciones a los del Instituto Diego Velázquez del CSIC y a muchos de los organizados por el IULCE de la UAM, del que fue miembro co-fundador; también lo fue del Centro de Estudios de Arte del Renacimiento de Teruel, y de los consejos de revistas de tanto prestigio como el *BSAA* y *Archivo Español de Arte*.

Inteligente y perspicaz, tradicional y radical más que iconoclasta, escrupuloso e irónico, crítico justo pero jamás indulgente con lo que consideraba erróneo o falaz, insobornable, individualista e idiosincrático, sus aportaciones intentaron establecer nuevas evidencias sobre viejos y nuevos problemas y sugerir debates enriquecedores, acumulando precisión y erudición, disensión y perseverancia, originalidad y polémica. Sus recensiones y notas a pié de página así lo testimonian, como también los coloquios investigadores del Departamento, que organizó en los últimos años. Lamentamos ya sus silencios, de palabra y prosa.

FERNANDO MARÍAS  
Universidad Autónoma de Madrid / RAH